

curas figuras de Fo-hi y de las frases concisas de Vu-huang. Meditó Confucio tanto sobre ellas, que por tres veces desgastó los cordelillos de las tablillas en que estaba escrito el libro, hasta que extendió el comentario que ahora le acompaña.

El *Li-ki* trata de la ceremonias, parte principal de la educación china. En el *Yo-king* estaban recopiladas las plegarias y cánticos de los antiguos, pero este libro se perdió.

Supera en mérito el *Chi-king* á los demás libros. Hay en él ciento diez cantos populares que los emperadores viajando por sus Estados habían recogido, creyéndolos el mejor medio de conocer las inclinaciones del pueblo.

Cuantas emociones experimenta el hombre en la contemplación de la naturaleza ó en las relaciones sociales, las virtudes que importa enseñarle, los sentimientos de amor y de odio que pueden germinar en su corazón, se encuentran expresados en estas odas antiquísimas. En ellas hay himnos de guerra, de triunfo, de gozo, de compasión; panegíricos ó sátiras sobre los emperadores y ministros, y la elegía especialmente toma en ellas las formas más variadas, modulándose en estrofas de maravillosa eficacia. Unas veces es una esposa que entre la alegría de las bodas echa de menos la casa paterna y las diversiones libres de cuidado de una juventud que se desvanece; otras una muchacha de madura virginidad que se lamenta de que al paso que todo convida al amor, ella pierde la gracia de los primeros años, sola y olvidada. Otras veces es una mujer abandonada que se queja de la ingratitude de su inconstante esposo, ó bien un poeta que ve compadecido cómo envejece un árbol bajo el cual un rey popular se sentaba para administrar justicia; ó un ensalzador del buen tiempo pasado que se duele de que haya caído en desuso el luto trienal; ó un desterrado que canta subido sobre una montaña desde cuyas crestas descubre su patria. La elegía toma á veces un tono más severo; y un deudor del fisco envidia á los árboles, no oprimidos con los impuestos que desangran al pueblo; ó un sabio se consume al ver las miserias del vulgo y las imputa á quien tiene la culpa de ellas; ó un mandarín llora sobre las ruinas de una ciudad real.

Los reyes mismos, si hemos de creer á Confucio, componían antiguamente himnos para los sacrificios, y canciones para aliviar la fatiga de los labradores. Al mismo tiempo otros poetas

parecidos á los gnómicos de Grecia exponían la moral en versos que acaso se cantaban en la mesa, constituyendo la música gran parte de la cultura de este pueblo.

A estos libros canónicos de primer orden siguen otros que son las obras de Confucio, de Mencio, el *Medio inmóvil*, el *Ta-hio* ó escuela de los adultos, el *Lun-gu* ó libro de las sentencias, el *Yao-king* ó del respeto filial y el *Chao-hio* ó escuela de los niños.

Confucio preguntó un día á su hijo: «¿Adelantás en la poesía?» «No me ocupo de ella», le respondió éste. Y el filósofo replicó. «Si no te instruyes en la poesía, si no te ejercitas en escribir en ella, no sabrás hablar bien.»

Estas insinuaciones y los ejemplos presentados por él llevaron á muchos á este estudio. No hay en China letrado que no haga versos, y el que no los hace es comparado á una flor hermosa, pero sin fragancia. Aumentáronse los poetas principalmente bajo la quinta dinastía, á raíz de la Era cristiana; pero entonces entraron á dictar reglas los preceptistas, y en vez de líneas rimadas, cuyo ritmo consistía únicamente en la repetición periódica de unos mismos sonidos, se introdujo una prosodia regular en que se atiende á la naturaleza de los sonidos que constituyen la lengua, á su propiedad en las composiciones métricas, á la variación de los acentos según las reglas establecidas, á la medida, á la rima, á la cesura puesta al medio de cada verso y al efecto rítmico producido por el paralelismo de los sonidos y de las ideas en una ó más estancias.

Fácil es conocer que con tantos monosílabos como tiene la lengua ésta perjudica á la armonía. La medida de los versos varía desde los monosílabos á los septisílabos que son los más largos; cada uno debe encerrar un sentido completo, como sucede en nuestras estrofas, y la frase no puede concluir nunca en medio del verso. La cesura no debe recaer sobre una palabra compuesta, ni separar el sustantivo del adjetivo, ni el verbo del adverbio, ni dividir dos sustantivos en concordancia. El paralelismo, parecido al que advertimos en la poesía hebrea, es ó *literal* (es decir, la relación de una palabra con otra en el orden de la enunciación), ó *antitético*, ó sea una oposición de términos ó ideas contrarias, ó *sinético*, en el cual no se corresponden exactamente las palabras y las líneas en el sentido, sino que están puestos en

simetría nombres con nombres, verbos con verbos, y lo mismo las partículas negativas, las interrogativas, y en suma todos los miembros de la frase.

Cada estrofa de las odas debe estar clasificada en uno de estos tres géneros, figurativo, comparativo ó directo. En el primero el poeta canta con motivos tomados de la naturaleza, en mayor ó menor relación con el asunto que se propone; en el segundo procede alegóricamente; en el tercero trata directamente el asunto, y á la cabeza de cada composición se indica el género á que pertenece.

Con las reglas se aumentó, como de ordinario sucede, el número de las malas composiciones, llenas de sutilezas, de alusiones, de símbolos, enojosos de leer y difíciles de explicar. Sueños de primavera, nubes de otoño, quieren decir los bienes ilusorios y las desgracias reales; la luna reflejada en las ondas, significa un bien que no se puede alcanzar; la hierba que se arroja á los pies son las dificultades que se oponen á una obra; las flores son emblema de la belleza, la primavera de la alegría, el otoño de los disgustos; una flor abierta significa el contento; una ternera blanca, un cristal puro ó un vidrio transparente, expresan la virtud inmaculada de una heroína; el florecimiento del albaricquero, el tiempo del matrimonio; las abejas y las mariposas entre las flores, el hombre que piensa únicamente en los placeres. En la novela *Las Dos Primas* se describe á una joven con la pluma en la mano en el acto de improvisar. «Una negra nube cargada de lluvia, llega rápidamente. Los dragones, perseguidos por el demonio del puño, vuelan en un instante. ¿Quién podría contar los retoños que brotan en siete pasos? Ya los hilos de seda negra están llenos de perlas y de piedras preciosas.» Aquí la *nube negra* es la pluma, *lluvia* la tinta, *dragones* los caracteres, delineados por la mano tan veloz que parece un *demonio*, los *siete pasos*, las siete sílabas del verso, *seda negra* es el papel pautado, y *piedras preciosas* la belleza de la poesía.

Los chinos no tienen poemas épicos propiamente dichos ni poesía bucólica, ni sátiras en el sentido escolástico; aunque si canciones como las que hemos citado del *Chi-king*, y poesías irregulares y ditirámicas (*kió*).

Los libros canónicos han llegado á ser el texto para la instrucción así primaria como superior. Ya en tiempo de Confucio había un colegio en

cada principado, una escuela en cada aldea por pequeña que fuese, y un estudio en cada casa. Después se fundó el colegio imperial que en doscientos cuarenta departamentos aposentaba treinta mil alumnos. Aun hoy los artesanos saben leer por lo menos los caracteres más usuales, y servirse de los libros relativos á su profesión; porque sobre cada parte del saber humano y de sus aplicaciones poseen los chinos muy diversas obras, y traducen muchas también, principalmente del indio.

También en este pueblo floreció la elocuencia. Mucho antes de Confucio se instituyeron los censores, funcionarios parecidos á los tribunos de Roma, y puestos para oponerse á las arbitrariedades del rey; y cuanto más se retrocede, tanto más se admira el valor con que éstos y los filósofos echaban en cara á los potentados sus infamias y sufrían las penas que por ello les imponían. Uno de ellos, queriendo quejarse al rey de una cosa de la cual estaba prohibido hablar bajo pena de muerte, marchó á palacio con su ataúd, y volvió en él. Otros condenados á muerte escribían con su propia sangre en la tierra las palabras que ya no podían pronunciar. Cuando Chi-huang-ti mandó arrojar al fuego todos los libros, una multitud de letrados se levantó á reprenderlo y cuatrocientos de ellos fueron mártires de su franqueza.

En tiempos más tranquilos la elocuencia se ejercitaba en reprender las costumbres afeminadas, el abandono de las antiguas prácticas, los impuestos excesivos, y merecen especial alabanza los discursos del historiador Se-ma-kuang, que fué en el siglo XI ministro de cuatro príncipes sin adularlos. Habían predicho los astrónomos que en el año 1061 el sol sufriría un eclipse de sus seis décimas partes, pero en realidad no fué más que de cuatro, por lo cual (por ser la China país en que se cree que el rey tiene poder, no tan sólo sobre la sociedad, sino también sobre el orden de todo el universo), se apresuraron los grandes á congratular al emperador porque el cielo había derogado sus leyes en favor suyo, como para darle testimonio de la sabiduría de su gobierno. Pero Se-ma-kuang interrumpió aquellas alabanzas en presencia del monarca diciendo que no tenían por qué felicitarle, y que si el eclipse había sido menor que el anunciado, no por eso debía atribuirse á mérito del rey, sino á la ignorancia de los astrónomos.

Se estableció que todo discurso debía tener exordio, división central, conclusión y nudo, y debilitóse así la elocuencia, prevaleciendo en los concursos sobre el mérito sólido, las aplicaciones de las *bocas de oro* y *lenguas de oro*, como eran llamados los retóricos por sus adversarios.

La historia fué la que menos sintió el mortífero influjo de los preceptistas y de la protección regia. Destinada á consignar las impresiones de cada momento, para no aplicarlas sino después de la muerte del que podía castigar su sinceridad, cumplió el sublime cargo de juez de los muertos, y pudo ser verdaderamente «la voz de la conciencia». Un emperador, violando la ley que prohíbe á los monarcas ver lo que de ellos se escribe en los anales de su reinado, quiso saberlo, y habiendo notado que se referían sinceramente sus errores y debilidades, prorrumpió en quejas contra el historiógrafo. Pero este repuso: «Es verdad; yo escribo todo esto para instrucción de las generaciones futuras. Y también ahora, al dejar á vuestra majestad, pondré por escrito las quejas que me dirige y las amenazas que me hace.» El hijo del cielo se quedó maravillado y dijo: «Anda y escribe lo que te parezca; yo haré que la posteridad no tenga de hoy en adelante nada por que reprenderme.»

En este género de literatura Confucio es también modelo. No nos referimos aquí á *Chu-king*, obra que puede contarse mejor entre las didácticas, porque está llena de diálogos y cuentos para apoyar en ellos máximas morales, y porque



Medalla china simbolizando la eternidad.

No obstante el severo mandato del emperador Chi-huang-tí, de quemar todos los libros y á pesar de estar escritos en tablillas de bambú, lo cual dificultaba el ocultarlos, algunos se sustrajeron á las pesquisas. Apenas pasó este azote,

los chinos encaminaron todo su ardor, y toda la paciencia de que son capaces á la rebusca de obras. Removiéronse los sepulcros y las ruinas para sacar de ellos inscripciones antiguas, vasos epitafios, catálogos, y de los ríos se extrajeron monedas y urnas. Un viejo literato supo (cosa no muy extraña entre los chinos) recitar de memoria todo el *Chu-king*. Reanudáronse las tradiciones, y el emperador Vu-tí, cerca de un siglo después del destructor, mandó á su historiógrafo que pusiese en orden estos materiales y que hiciese la narración de los tiempos pasados.

Apenas había reunido éste los documentos, cuando le sobrevino la muerte. En su última hora, llamó á su hijo Sse-ma-tsian, y le exigió la promesa de continuar su obra, y de no ocultar nunca la verdad. «El gran príncipe de la historia (así lo refiere Sse-ma-tsian), tomó mis manos entre las suyas, y no sin lágrimas habló de esta manera: «Nuestros mayores, desde la tercera dinastía hasta ahora, han adquirido celebridad en la academia de la historia; que no termine conmigo esta venerable sucesión. El *hijo del cielo* me había llamado para asistir á las ceremonias solemnes que va á celebrar en la montaña sagrada; pero no podré cumplir sus órdenes, y tú te encargarás de ejecutarlas. Cuando las hagas, recuerda mis deseos. La piedad filial se muestra primero en los honores que se tributan á los padres, después en los servicios que se prestan á los monarcas, y por último, en el cuidado que se tiene de mantener pura la gloria del nombre que se lleva. El colmo de la piedad, es el dar el mérito de la propia fama al padre y á la madre.»

Las palabras del padre moribundo, afirmaron en Sse-ma-tsian la educación que había recibido. En su luto de tres años revisó los apuntes recogidos por su padre, los continuó de nuevo y apareció después tan grande, que los misio-neros le llamaron el Herodoto de la China, que



Moneda sable de la tercera dinastía.



Monedas de Lang Mang.

es llamarle, todo en unos tiempos en que el respeto á los clásicos llegaba á la idolatría. Sse-ma-tsian, en efecto, viajó como Herodoto con objeto de observar el teatro de los sucesos históricos para buscar esas inspiraciones que sólo pueden dar los lugares. Comprobó las tradiciones por medio de comparaciones, y después, cuando escribió la narración, no se limitó á tratar de guerras y dinastías, sino que habló de todos los progresos de entendimiento humano. Al lado de los reyes colocó á los que se habían distinguido en el saber ó en la administración; expuso las variaciones en los ritos y en la música, en la astronomía y en las pesas y medidas; separó las fábulas de la verdad, y distinguió los hechos dudosos de los ciertos. Dividió también sus memorias históricas en cinco partes. La primera en doce libros, con el título de *Crónica imperial*, contiene por orden cronológico todos los acontecimientos desde Huang-ti (dos mil seiscientos treinta y siete a. de J. C.) hasta Taovu de la dinastía de los Han. La segunda, bajo el nombre de *Cuadros cronológicos*, dividida en diez libros, contiene tablas semejantes á nuestros atlas históricos. La tercera, trata de las ocho ramas en que se divide el árbol de los conocimientos humanos, esto es, los ritos, la música, los tonos considerados como tipos de las medidas de longitud, la división del tiempo, la astronomía, las ceremonias religiosas, los canales y ríos, las pesas y medidas. La cuarta abraza la historia geneológica de cuantas familias han poseído algún territorio, desde los grandes vasallos de la dinastía de los Cheu hasta los ministros y generales del tiempo de los Han. La quinta se compone de memorias sobre la geografía extranjera y biografías de personajes ilustres.

Vu-tí, favorable á la secta de los Tao-sse, quería que insertase en su obra fábulas en apoyo de este creencia, pero Sse-ma-tsian se negó á ello.

Otra vez, queriendo defender de la cólera imperial al general Li-ling acusado de haber vendido al ejército, hizo digno de los honores de la persecución, y sufrió la pena de verse castrado.

Su obra, titulada modestamente *Memorias históricas* (Sse-ki), comprende desde el año 2637 al 122 antes de J. C. y sirvió de modelo á los analistas posteriores. Pero como no basta imitar las formas, ninguno se ha acercado á él. Solamente en el siglo XI, y en los dos siguientes aparecieron Su-che que escribió la historia de los Song que reinaban entonces; Sse-ma-kuang, gran orador, y que dispuso por años la serie de las tradiciones de trece siglos y medio; Chu-hi que comprendió y añadió la obra de Sse-ma-tsian; y Ma-tuan-lin, que abrazó en cien volúmenes todas las partes de la erudición china, con tanta extensión como profundidad.

Las obras de todos éstos y de sus sucesores, forman un conjunto que se llama de las veintidós historias, donde la relación llega, en sesenta gruesos volúmenes, hasta mitad del siglo XVII cuando se estableció la dinastía reciente de los Maudchús. Estos historiadores no se traducen en lenguas europeas, no porque carezcan de mérito, sino porque á nadie importa lo que refieren. Los historiadores se inclinan á observar solamente los acontecimientos más notables, y no se cuidan del vulgo para detenerse solamente en los monarcas. Pero en la China, donde el individuo es nada, y el rey todo, no se verifica acto ni invención, ni mejora, que no se atribuya al que manda; método, que no sólo nos ha arrebatado el nombre de hombres beneméritos, sino que ha hecho desaparecer la memoria de las relaciones que, independientemente de los reyes, pudieron establecerse con pueblos lejanos.

Cada ciudad tiene una historia suya particular, dividida en cinco partes: en la primera se describe el país, en la segunda sus producciones, en la tercera sus tributos; siguen después los monumentos antiguos, y por último, los elogios de los hombres y mujeres ilustres, calificación que por lo general denota virtudes privadas.

Para buscar en la literatura el conocimiento de las costumbres, nada más á propósito que



Moneda de la segunda dinastía.

examinar las novelas y comedias chinas, porque estos dos géneros no se han contaminado con imitaciones extranjeras, ni con reglas escolásticas, ya que mirándose en China como lo más infimo de la literatura, han estado abandonadas á la inspiración individual.

Hace muchos siglos que los chinos componen novelas históricas y de costumbres, no abandonándose á la imaginación como los persas y los indios, sino examinando y describiendo con la razón; lo que las hace más interesantes. No forman el fondo de sus novelas abismos submarinos, montañas maravillosas, palacios encantados, espacios fantásticos, gigantes, genios, talismanes ni metamorfosis, sino el hombre tal como vive con sus semejantes, con sus pasiones, con sus padecimientos, y con las luchas perpetuas que bajo la apatía china, como bajo la viveza que otros países, sostienen el justo con el malo, la ambición, la envidia, los odios, y su principal causa el amor.

Las novelas, como todas las obras chinas, se distinguen más por lo acabado de las particularidades que por grandes concepciones del conjunto. Los caracteres son completos y están bien desenvueltos, bajo todos aspectos. Sus pinturas son minuciosas, poéticas sus descripciones, por deleitarse en las cuales interrumpen muchas veces la relación donde más interés excita.

Los personajes más usados en la novela china son de la clase media: gobernadores de ciudades y provincias, empleados y letrados. Un droguero enriquecido que á fuerza de dinero ha conseguido empleos, es el protagonista de una novela de cien volúmenes! La conversación es adecuada á las personas; y al mismo tiempo que el vulgo emplea un lenguaje trivial, los letrados usan una infinidad de figuras, frases, palabras, retruécanos é imágenes poéticas, multitud de recuerdos de la historia antigua y moderna, preocupaciones y alusiones á las tradiciones locales, á las propiedades de las plantas y costumbres de los animales, y á las fábulas. Así sus diálogos parecen más que otra cosa enigmas que se proponen para su explicación en estilo pomposo y lleno de pretensiones, y á los que cada uno debe añadir en la respuesta algo más sutil y alambicado. Hablar como se piensa, es cosa trivial, que aborrecen los novelistas chinos.

Bajo este exterior pomposo, se presenta generalmente un fondo sencillo, y exceptuando sólo algunas novelas históricas, y unas cuantas fan-

tásticas, podrían tenerse las más por recuerdos privados de una familia. Sus particularidades se reducen á visitas ceremoniosas, cumplimientos indispensables, comidas, á la vida flemática, á los movimientos tan regulares como si fuesen de figuras de porcelana sin alma, juegos de sociedad, paseos, reuniones exclusivas de aquel pueblo, y matrimonios como en todo el mundo. Un joven de indole suave, sumergido en el estudio de los antiguos, que no conoce más distracciones que las flores, la poesía y algunas gotas de vino, que trabaja por conseguir que se le abra la puerta de los honores y del poder, que lo consigue, y que logra al mismo tiempo un ventajoso matrimonio con una ó dos ricas y hermosas herederas, es ordinariamente el argumento de las novelas chinas, así como en la mayoría de las nuestras lo es un amor contrariado.

Los chinos no tienen verdadero teatro. Una mesa sirve de escenario, y tres cortinas de algodón sostenidas por bambúes son las decoraciones. Los actores no gozan más consideración que las sombras chinescas, las figuras de movimiento y los que bailan en la maroma, y el mayor honor á que pueden aspirar es ser llamados por los ricos, de los cuales la mayor parte tienen una sala destinada á los espectáculos, y especialmente á los banquetes y comidas de ceremonia de los mandarines.

Cuando los convidados se sientan á la mesa, los cómicos entran ricamente vestidos, saludan á la reunión con profundas cortesías, tocando cuatro veces el suelo con la frente, después de lo cual se levantan. Entonces su jefe se acerca al convidado más principal, y le presenta en caracteres de oro la lista de sus dramas, rogándole que escoja el que más le agrade. Excúsase éste, y pasa la lista á otros convidados que se excusan igualmente, hasta que vuelve al primero, el cual decide. Los convidados deben aprobar la elección con un movimiento de cabeza y los cómicos principian á recitar al instante. El director de escena está obligado á avisar á los espectadores si por una casualidad hubiese alguna cosa inconveniente en la comedia, como sería el encontrar en la relación el nombre de alguno de los convidados. La obscenidad de las palabras y el atrevimiento en las acciones no chocan con la delicadeza china. Hay representaciones populares en las que la heroína concibe y pare en la escena.

Abrese la representación con un concierto de tambores, flautas, pífanos, trompetas y sistros; después se extiende un tapiz y van saliendo los actores que estan en algún cuarto contiguo. Las mujeres fuera de la sala, y al través de una rejilla de bambú y de un velo de seda ven sin ser vistas. La ejecución es de lo más grosero que puede imaginarse. Los actores salen diciendo «Yo soy el mandarin tal ó el letrado cual.» Si exige la acción que se entre en una casa, dan

lo lírico á lo trágico, de modo que en los momentos de emoción el actor expresa en versos los sentimientos que despierta la situación en él y en los espectadores. Semejante mezcla de verso y prosa es muy usada. Aquéllos se cantan y ésta se recita, los versos en estilo escogido, y la prosa en el mismo de la conversación; de modo que de la prosa pasan á un estilo rebuscado, lleno de las acostumbradas alusiones, inteligibles sólo para los oyentes más cultos.



Grupo de actores chinos.

un paso, como si atravesasen el umbral, y ya está conseguido. El que tiene que hacer un viaje, se pone á correr por el escenario chasqueando el látigo y después dice: «Ahora llego á tal parte.» Muchas veces un mismo actor hace varios papeles en una comedia.

Aunque estas obras carecen de las unidades convencionales de tiempo y de lugar, tienen, sin embargo, generalmente, la más importante, la unidad de acción. Están divididas en actos y escenas, y en ellas se expresan los sentimientos con bastante naturalidad, si bien rara vez son patéticos. A veces se intercalan trozos líricos como los coros de los griegos ó más bien como los cantables de nuestras zarzuelas. También conocieron los chinos la necesidad de unir

Hacia el siglo VII de nuestra Era se verificó una restauración en el teatro; y desde entonces fueron más ó menos considerados los poetas que obtentaron en él su ingenio. Entre los ochenta y un autores de cuatrocientos cuarenta y ocho dramas conocidos hay algunas cortesanas, porque en China, lo mismo que en Atenas, la metretiz literata debía conocer la música vocal, la historia, la filosofía y la poesía, y además, saber bailar y tocar la flauta y la guitarra. En algunos dramas dura la representación varios días.

El primer drama chino que se leyó en Europa fué el *Huérfano de la China*, que según Voltaire, nos da á conocer la indole de la China mejor que cualquiera relación que se haya hecho ó se haga acerca de este imperio. Una particularidad

de las costumbres chinas que figura mucho en las obras literarias es que el suicidio no está castigado ni prohibido por las leyes religiosas ni civiles; y en algunos casos se considera como un deber el renunciar á la vida, así como los europeos renunciamos un empleo cuando no puede conciliarse con el honor ó la conciencia. Cuando una persona está condenada á una muerte lenta y dolorosa, el emperador puede por una gracia especial concederle que se quite la vida, y se cuentan varias historias con este motivo. Unos ladrones, que fingiéndose marineros despojaban á los pasajeros que se ponían en sus manos, asesinaron al padre y á la madre de la bella Sui-ung. El piloto se preparó á violar á ésta, que resolvió quitarse la vida; pero reflexionando después que no quedaría quien vengase á sus padres, se sometió á estos deseos brutales. Pensando siempre en la venganza aceptó el ser segunda mujer del licenciado Chuyung, que la hizo madre, y elevado después á altas dignidades consiguió descubrir y castigar á los asesinos. Los parientes de Sui-ung quedaron

entonces contentísimos, y ella retirándose aquella noche, se lavó, se puso vestidos nuevos, escribió á su esposo dándole las gracias, y después se mató, habiendo jurado que no sobreviviría á su venganza. Sui-ung fué proclamada modelo de castidad y de amar filial, y el emperador eternizó su memoria con un arco de triunfo.

Chi-ung-tu, esposo de la virtuosa King-ching-ku, quiso probar si sabría resistir su mujer á las lisonjas y á la fuerza, y si cumpliría su juramento de quitarse la vida así que hubiese faltado á su deber. Resistió ésta á las más refinadas seducciones de personas enviadas por él; y se defendió de tal modo de tres hombres que asaltaron su cuarto, que uno de ellos quedó muerto y los demás huyeron. Pero habiéndola arrancado uno de éstos una orilla del vestido, y temiendo ella que pudiesen creerla deshonrada al verlo despedazado, se dió la muerte. Llevado el caso á un tribunal, y descubierta la verdad, fué decapitado el esposo, y se erigió un arco triunfal á King-ching-ku con esta inscripción: «A la gloria de la castidad».

CARLOS PEREZ MALDONADO
MONTERREY, MEXICO.

